
*Cultura, identidades, subjetividades y estereotipos:
preguntas generales y apuntes específicos
en el caso del fútbol uruguayo*

Rafael Bayce*

Introducción y preguntas generales

Por más fértiles y pertinentes que hayan sido los conceptos de Benedict Anderson, Víctor Turner y Clifford Geertz en su aplicación al fútbol, y por más interesante que haya sido a partir de Roberto da Matta la contribución de la literatura brasileña en esa línea, nos proponemos reivindicar la pionera fermentalidad de Émile Durkheim para estos análisis que nos ocupan.

En efecto, es imprescindible el énfasis puesto por él tanto en la intrínsecamente dual constitución de la realidad en un sentido contrario a los monismos espiritualista y materialista decimonónicos –“consisten (los hechos sociales) en representaciones y acciones”, como en la taxonomía de “maneras de hacer, pensar y sentir” (Durkheim, 1970); en el análisis de la constitución empírica interactiva de las ‘representaciones colectivas’ (1911); en la caracterización de las representaciones religiosas como formas elementales de las colectivas; en su revolucionaria definición del fenómeno religioso como indisolublemente integrado por el sistema de creencias y el ritual (Durkheim, 1898).

Tres cortas citas de Durkheim impostan suficientemente bien su abordaje pionero y su relevancia para nuestra temática:

* Doctor en Sociología (Stanford, Estados Unidos) y en Ciencia Política (Río, Brasil). Catedrático universitario en la Universidad de la República y en la Universidad Católica. Consultor Internacional. Entrenador de fútbol y periodista radial y gráfico.

“El culto no es simplemente un sistema de signos por los cuales la fe se traduce hacia fuera: es la colección de medios por los cuales ella se crea y se recrea periódicamente” (1912).

“Una sociedad no puede crearse ni recrearse sin, al mismo tiempo, crear el ideal. Esta creación no es para ella una especie de acto de supererogación, por el cual se completaría, una vez formada; es el acto por el cual se hace y se rehace periódicamente. (...) La sociedad ideal no está fuera de la sociedad real: forma parte de ella. Bien lejos de estar dividida entre ellas como entre dos polos que se rechazan, no podemos estar en una sin estar en la otra. Pues una sociedad no está simplemente constituida por la masa de individuos que la componen, por el suelo que ocupan, por las cosas de que se sirven, por los movimientos que efectúan sino, ante todo, por la idea que se hace de sí misma” (1912).

“No puede haber sociedad que no sienta la necesidad de mantener y reafirmar, a intervalos regulares, los sentimientos colectivos y las ideas colectivas que constituyen su unidad y su personalidad. Pues bien, esta refacción moral no puede obtenerse sino por medio de reuniones, de asambleas, de congregaciones donde los individuos, estrechamente próximos los unos de los otros, reafirman en común sus sentimientos comunes; de allí las ceremonias que, por su objeto, por los resultados que producen, por los procedimientos que emplean, no difieren en naturaleza de las ceremonias propiamente religiosas. ¿Qué diferencia esencial hay entre una asamblea de cristianos celebrando las fechas principales de la vida de Cristo, de judíos festejando la salida de Egipto o la promulgación del decálogo, y una reunión de ciudadanos conmemorando la institución de una nueva constitución moral o algún gran acontecimiento de la vida nacional?” (1912).

Diríamos nosotros: ¿qué diferencia esencial, como ritual religioso, tienen hechos narrativamente contruidos, discursivamente resignificados, comunicacionalmente encodificados tales como la clasificación de Costa Rica para el Mundial de Fútbol de Italia, su pasaje a la segunda ronda y su clasificación en el decimotercer puesto en el mundo, los triunfos olímpicos de Uruguay en 1924 y 1928, el del Mundial de 1930 y del Sudamericano de Santa Beatriz de 1935, y el Mundial de 1950 en Maracaná, el logro del bicampeonato mundial argentino en 1986, y la consecución del tetracampeonato mundial brasileño en 1994?

Ciertamente que los conceptos de Talcott Parsons de “cuasi-religión” (1967) y de su discípulo Robert Bellah de “religión civil” (1964) nos proveen de matices fértiles también. Pero su impronta genial abre paso a contribuciones tan fermentales como las más recientemente recordadas y utilizadas de Anderson, Turner y Geertz.

Acabamos de asistir a uno de los rituales más significativos de nuestra civilización actual, los Juegos Olímpicos de 2000, ritual a través del cual el mundo

intenta verse a sí mismo como una unidad a pesar de las nacionalidades y a partir de su integración por la competición, la premiación, los desfiles, las celebraciones, los éxitos y las derrotas, las sorpresas y los dramas. Es el gran espectáculo massmediático de una sociedad de consumo que se idealiza pura y que exorciza sus demonios a través de la lucha contra el doping.

¿Qué rituales construyen las autoimágenes colectivas y qué papel juegan los rituales futbolísticos? No sólo los partidos como juegos deportivos, sino también las hinchadas, la cobertura massmediática, los equipos como encarnaciones de solidaridades y rivalidades, los jugadores como ídolos, héroes y modelos de rol, los periodistas como narradores épicos populares, como “constructores de la tradición”, como coautores de leyendas y mitos fundantes, como responsables de la mitopoiesis y de su sustentación, como interpretantes de nuevos hechos, como re-significadores.

Esos rituales de constitución, refacción y, a veces, desmoronamiento de autoestima y autoimágenes son, sin embargo, muchas veces, el producto de una narración y de discursos impuestos massmediáticamente desde elaboraciones de heteroimágenes, más o menos aceptadas o más o menos resistidas en la construcción de las subjetividades y de las identidades.

El ya clásico libro de Said (1990) nos informa la lejanía que la idea de lo “oriental” de los occidentales tiene respecto a la autoimagen que los orientales tienen de sí mismos. Un artículo de Bayce (1994) puntualiza cómo a partir de la elaboración hollywoodense de la figura de la cantante y bailarina Carmen Miranda y del personaje de *cartoon* Zé Carioca (loro auriverde de sombrero de paja “Chevalier”, saco colorido y bastón) se elabora una “heteroimagen” del Brasil que lo beneficia turísticamente y que, de algún modo, su clase media playera introyecta. Pero desde hace treinta años la narrativa y la ensayística (por ejemplo, de Guimaraes Rosa, Amado, Freyre) han sido sucedidas por una creatividad musical sincrética y culturalmente voraz (Caetano Veloso, Gilberto Gil) que ha sido temáticamente acompañada por una negativa a aceptar como autoimagen esa heteroimagen hollywoodense. A ella han sobrepuesto una nueva autoimagen exportable de la que son mojones conocidos los filmes “Bye Bye Brasil”, “Pixote” y “Central del Brasil”, que rechazan la simplificación del estereotipo hollywoodense por falso y empobrecedor de la riqueza cultural brasileña. La fascinación que la música, la danza, la literatura, el deporte y el cine brasileños ejercieron en el mundo cultural urbano occidental autoriza la aparición de un estereotipo alternativo y sucesor del de Carmen Miranda/Zé Carioca: Brasil, laboratorio sociocultural del futuro.

A un estereotipo se sucederá otro. Desde Max Weber (1985) y, más claramente, desde Berger y Luckmann (1967), sabemos que construimos nuestras cogniciones por tipificación y que en esa reducción de complejidad para la interacción intersubjetiva comunicativa las autoimágenes se proyectan en heteroimágenes y éstas se introyectan en autoimágenes, en una rica ritualidad sociocultural de va-

riados resultados dependientes de la fuerza simbólica de los elementos en interacción sociodinámica.

Desde Todorov (1988) y Grudzinski (1996) sabemos que las heteroimágenes no se imponen impune ni totalmente –aunque estén apoyadas por la fuerza física– a las autoimágenes, y que éstas erosionan e influyen también en las coyunturalmente hegemónicas. Linton nos ha mostrado cómo son las variadas resistencias a la imposición de normas heterónomamente impuestas a raíz del contacto cultural.

¿Qué preguntas generales y qué apuntes específicos podemos formular sobre esa base conceptual respecto del fútbol uruguayo (y quizá también del de otros países)?

1 ¿En qué medida, y cómo, autoimágenes, heteroimágenes y sus interacciones y transformaciones constituyen las identidades y subjetividades en el fútbol?

2 ¿Qué grado de correspondencia puede descubrirse entre los rasgos identitarios de las comunidades (país, región, barrio, vecindario) y los de los equipos en ellas nacidos y que las representan?

3 Los rasgos futbolísticos, ¿pueden deducirse de los rasgos comunitarios?

4 ¿Hasta qué punto son capaces los hechos deportivos y futbolísticos de contribuir a las representaciones colectivas macrosociales?

5 ¿Cómo se construyen intergeneracionalmente esas representaciones colectivas? ¿Cómo se inventa, trasmite y transforma la tradición simbólica en el caso del fútbol? Pensemos, nuevamente, no sólo en naciones, sino en regiones, barrios, equipos específicos cuyas representaciones colectivas alimentan y son alimentadas por las futbolísticas.

Algunos apuntes específicos sobre el fútbol uruguayo respecto a esas preguntas

Sobre la pregunta 1 supra

Decía César Luis Menotti (jugador del seleccionado argentino y director técnico del equipo campeón mundial de 1978) que los jugadores juegan de acuerdo con la idiosincracia de sus países, y que los sudamericanos juegan con la improvisación que caracteriza a la extracción pobre de la mayoría de sus jugadores, que deben “inventar” cotidianamente para subsistir, que no pueden confiar en su dotación física natural sino en su habilidad técnica e ingenio táctico.

Así también decía que la tropicalidad brasileña impulsaba el juego creativo y lúdico de aquellos que invierten su vida en la supervivencia pero que cuando pueden jugar desahogan el ludismo refrenado en la lucha diaria. Niños ricos con ju-

guetes que quieren ganar cuando disputan un juego deportivo, pero niños sin juguetes, que luchan el cotidiano y que, cuando pueden, quieren jugar más que ganar. Esos conceptos se extienden también a la mayor proclividad a la violencia entre quienes priorizan el triunfo con respecto a quienes subrayan la diversión.

Pues bien, ¿cuánto hay de cierto en esto? ¿Los estilos futbolísticos de las selecciones nacionales reflejan algún supuesto unánime o a un promedial conjunto de caracteres de los países? ¿Pueden sostenerse esos estereotipos? ¿Hay un fútbol distintivamente sudamericano, tropical, brasileño, rioplatense, uruguayo, argentino? Y a su interior, ¿hay características de Boca Juniors y River Plate, de Peñarol y de Nacional, del Real Madrid o del Barcelona, etc.?

Para los europeos y norteamericanos de los años '20 y '30, según diarios de la época, el fútbol rioplatense era el mejor del mundo, sólo comparable por su juego colectivo al fútbol inglés, apartado de los torneos internacionales en ese entonces.

Para los periodistas rioplatenses de esa misma época la diferencia estaba en una innata capacidad de improvisación frente a la esquemática táctica europea o sajona y su confianza en el potencial físico-atlético por sobre el técnico-táctico. El estereotipo neomítico de la "picardía criolla" o la innata capacidad de improvisación fue una autoimagen endógenamente generada. Para los europeos, los rioplatenses de entonces eran simplemente mejores, imagen ésta exógenamente generada.

Por esa misma época, los rioplatenses eran igualados por periodistas, técnicos y jueces por la heteroimagen de mejores y por la autoimagen de pícaros improvisadores frente a repetitivos atletas. El neopopulista y neorromántico facilismo pseudolúdico de los escritos de Eduardo Galeano exaspera ese estereotipo construido a partir de una autoimagen que triunfó desde los diarios posteriores a la final de 1930 (y ya, paradigmáticamente, desde el partido en que Argentina goleó a Estados Unidos). Sólo quien nunca jugó en serio y nunca estuvo en un vestuario antes, durante o después de una final puede sostener ese neorromanticismo lúdico como dominante en el fútbol uruguayo.

¿Hay alguna base para esos estereotipos? Alguna hay, pese a que el neorromanticismo sin conocimiento técnico y sin vestuario de Galeano lo exagere: el jugador uruguayo está mucho más obsesionado por ganar que por divertirse. En primer lugar, poblaciones de físicos mayores, con antecedentes de carrera o alistamiento militar prolongados (o con juegos deportivos fuertemente dependientes de cualidades físico-atléticas como el fútbol americano, el béisbol, o el básquetbol) tendieron a confiar más en esos atributos diferenciales. En efecto, en 1928, durante los juegos olímpicos de Amsterdam, los alemanes disponían de dos equipos: mientras que uno era más fuerte, alto y potente físicamente, el otro era más técnico y liviano. Eligieron el primero para jugar la semifinal contra Uruguay y fueron goleados. Estados Unidos confió también en eso en la semifinal de 1930 ante Argentina y también fue goleado.

Esta confianza excesiva en la improvisación y en la técnica tuvo un rotundo desengaño en 1958 cuando Uruguay fue eliminado del Mundial de Suecia 5 a 0 en Asunción y cuando Argentina encajó seis goles a los checos durante ese torneo.

Costó caro el estereotipo generado a partir de una heteroimagen de superioridad técnico-táctica que parecía real y una autoimagen de pícaros improvisadores que relegaban el aspecto físico-atlético.

Es éste uno de los tantos ejemplos de construcción de representaciones colectivas a partir de una mezcla de narrativas épicas periodísticas impuestas como explicaciones diletantes en la opinión pública. La influencia de los *mass-media* no es nueva; siempre construyó el inconsciente colectivo y los estereotipos, creando y combinando autoimágenes y heteroimágenes. Es un apasionante proceso de seguimiento discursivo y narrativo que el Uruguay se debe, tanto desde sus periodistas especializados como desde sus científicos sociales.

En el caso uruguayo, ese estereotipo neorromántico diletante de “pícaros” superiores que ganaban por aptitudes naturales idiosincráticas y que podían dispensar el orden táctico y el esfuerzo de entrenamiento que los menos dotados precisaban, fue un freno importante al gran impulso de desarrollo y difusión del fútbol y a su competitividad futura.

Paradójicamente, otra virtud supuestamente idiosincrática, la “garra charrúa” o “garra celeste”, plus de concentración, sobreesfuerzo y competitividad épica en los momentos más difíciles o disputados, será otra virtud especialmente desarrollada como explicación posterior a la de la “picardía criolla” en el momento a partir del cual los triunfos empezaron a costar más que en 1924 y 1928.

Del mismo modo en que en la final mundial de 1930 se pasó de perder 2 a 1 con Argentina en el primer tiempo a ganar 4 a 2, en el Sudamericano de Lima de 1935 un 3 a 0 con algunos jugadores de más de treinta y cinco años fue el “canto del cisne” de la generación gloriosa de quince años. Así como durante el Mundial de 1930 surgieron los contenidos de la “viveza o picardía criolla” rioplatense como virtud supuestamente distintiva, después de 1935 apareció y se impuso la garra “charrúa” o “celeste” como explicación adicional para los triunfos deportivos uruguayos. El triunfo de 2 a 1 sobre Brasil en el Maracanã remontando un 0 a 1 lo confirmó años después.

Weblen decía que era característica de las sociedades arcaicas la excesiva valoración de la proeza. En ese sentido, ganar por ser mejor –como afirmaban los europeos– no significaba proeza; sí lo era ganar con “picardía” sin entrenar como los otros y sin su físico. Lo era también ganar de atrás y en condiciones desfavorables.

Si el estereotipo endogenerado de la “picardía” nos diferenciaba como rioplatenses del resto del mundo en la autoimagen adoptada por la opinión pública desde la épica narrativa periodística, la garra “charrúa” o “celeste” (mientras que los

charrúas eran los más famosos e indómitos aborígenes que habitaban el ahora Uruguay, el celeste es el color de la camiseta nacional y uno de los de la bandera) era nuestra “diferencia específica” con los argentinos, más allá de la común picardía que nos distinguía del resto del mundo futbolístico. Esta fue otra autoimagen endogenerada que se exportó con éxito y que contribuyó a nuestro atraso técnico, táctico y de entrenamiento que tan caro costó reconocer y que no terminamos de superar, aunque también es cierto que contribuyó a lograr triunfos importantes en lo deportivo, no sólo futbolísticos.

Sobre la pregunta 2 supra

Pero a pesar de que la picardía y la garra fueron autoimágenes endogeneradas a partir de una épica narrativa periodística introyectada por la opinión pública, esas cualidades en cierto modo tenían antecedentes históricos que hacían verosímil su posesión por parte de los futbolistas y deportistas uruguayos. En efecto, la picardía era una cualidad rastreable en los “gauchos” materos y libérrimos, en los diversos modos de resistir diplomáticamente el centralismo virreinal bonaerense y en los sucesivos intentos de dominación española, afrancesada, inglesa, bonaerense, portuguesa y brasileña. Asimismo, la “garra” parecía prefigurada en el rechazo a los invasores ingleses, en la epopeya artiguista (“si no tengo soldados pelearé con perros cimarrones”) y en la epopeya de la independencia simbolizada en el General Lavalleja y los treinta y tres orientales que iniciaron la liberación del territorio.

Entonces, la autoestima y autoimagen del fútbol uruguayo se originan, más que en indudables y valiosos triunfos internacionales del máximo nivel, en una narrativa épica deportiva que postula la causalidad principal de la picardía y la garra como proezas idiosincráticas, representaciones colectivas constituyentes, mixturas de realidades, leyendas, mitos y explicaciones diletantes. Pero la fuerte credibilidad en esa épica deportiva de picardía y garra no carecía de sustento histórico en la narrativa épica nacional hegemónica. Más bien era profundamente compatible con ella, y quizá fue tan fácilmente adoptada porque parecía una ancestral idiosincrasia nacional manifiesta en el deporte. La patriótica (o patriotera) frase de la época que compendia la singularidad superior que el Uruguay creía tener en sus épocas doradas era “como el Uruguay no hay”, otra creencia que nos ha hecho mucho mal y que desafortunadamente titula una exposición interactiva de hechos y objetos significativos del Uruguay que se desarrolla actualmente en el Museo Blanes en Montevideo.

Podría rastrearse también la influencia en el inconsciente colectivo futbolístico de la iconografía patriótica de la historia nacional en la pose erguida, de piernas separadas, gesto adusto y brazos cruzados del capitán celeste José Nasazzi desde 1923 (campeón sudamericano) hasta 1935 (también campeón sudamericano, pasando por los títulos olímpicos de 1924 y 1928, el Mundial de 1930 y dos

Sudamericanos más). Dicho gesto, arrogante, seguro y autoritario, no era usual en las fotografías de equipos de la época, pero es casi igual al gesto de un famoso cuadro del pintor Blanes que representa al héroe nacional José Artigas (José, como Nasazzi) acaudillando el sitio de Montevideo desde la Ciudadela a principios del siglo XIX.

Hasta aquí hemos visto algunos estereotipos específicos del fútbol uruguayo (garra “charrúa” o “celeste”) y otros específicos del fútbol rioplatense (picardía, viveza, improvisación) junto a estereotipos ya no endógenamente generados sino exógenamente atribuidos (habilidad, destreza, mejor juego), respectivamente interpretados como autoimágenes y heteroimágenes. Todas eran representaciones colectivas, generadas desde hechos y narrativas épico-periodísticas que se introyectaron en el imaginario simbólico uruguayo y luego fueron exportadas, con lo que a continuación fueron especialmente reimportadas por el Uruguay como heteroimágenes que reforzaron por importación lo que eran en realidad autoimágenes exportadas.

Sucedió lo que de algún modo sucede con la “opinión pública” luego de los sondeos “científicos” divulgados no siempre fielmente por la prensa. El público pasa a creer que ésa es su opinión, aunque a veces sea realmente una autorreflexión motivada por el sondeo y otras un producto artificial de un sondeo sesgado e imperfectamente científico.

Pero también vimos que los estereotipos futbolísticos exclusivamente uruguayos (garra), tanto como los compartidos con los argentinos en las décadas del ‘20 y el ‘30 (picardía, viveza, improvisación), tuvieron un exitoso ingreso en el imaginario simbólico, no sólo por lo que de verdad había en ellos sino quizá también por la verosímil y plausible compatibilidad con una épica nacionalista que se remontaba a la época colonial y que fue reforzada durante el período de la Independencia.

Hasta aquí estamos tipificando a las construcciones de autoimágenes como rasgos culturales o representaciones colectivas expresivas, aunque Geertz en su célebre trabajo sobre las riñas de gallos en Bali nos hizo pensar que la cultura material puede no ser sólo expresiva sino también catártica y hasta proyectiva. Al sugerir apuntes respecto a la pregunta 3 supra integraremos esta sutileza de Geertz.

Sobre la pregunta 3 supra

La pregunta propone el tema de la contribución al imaginario colectivo macrosocietal de las representaciones colectivas (estereotipos, autoimágenes, heteroimágenes y su dinámica interactiva).

El trabajo de Sergio Villena (2000) sobre la influencia de la clasificación del equipo nacional costarricense al Mundial de Italia en 1990, su décimo tercer lu-

gar en él y la significación que esos hechos adquirieron en el imaginario simbólico nacional, nos proveen de un excelente ejemplo para pensar la función y papel que los triunfos futbolísticos (muy superiores a los costarricenses) tuvieron en la configuración de la autoestima nacional y en la autoimagen deportiva y futbolística uruguayas.

Las conquistas futbolísticas olímpicas de 1924 y 1928 y la mundial de 1930 hicieron conocer al Uruguay en la opinión pública deportiva mundial, con los efectos que un triunfo deportivo tuvo en ese entonces (y más todavía en el futuro) como indicador de “*mens sana in corpore sano*” y como indicador indirecto de buen nivel nutritivo, sanitario y de virtudes morales y corporales. La “Suiza de América”, la “Atenas del Plata” era además una especie de David capaz de vencer a Goliats y eso parecía confirmar que “como el Uruguay no hay” y que, como lo pensaba uno de los hacedores del Uruguay moderno (José Batlle y Ordóñez), se podía construir un país modelo que no arrastrara las seculares desigualdades y rivalidades que conspiraban contra la paz y el bienestar en Europa.

Sucesivos triunfos futbolísticos y deportivos parecían ir confirmando esta autoestima por una parte autogenerada, por la otra exogenerada, y especularmente reproducidas ambas en sus ámbitos de reflejo y en las cajas de resonancia internacionales y/o nacionales.

Aunque la pérdida de la “virginidad” futbolística se produjo en el llamado “partido del siglo” (derrota de 4 a 2 en alargue en la semifinal con la célebre “máquina húngara” de Puskas en 1954 en el Mundial de Suiza), la verdadera demolición del orgullo, honor y autoestima nacionales ocurrió cuando Uruguay no calificó para el Mundial de Suecia en 1958, recibiendo un traumático 5 a 0 contra Paraguay en Asunción. Durante ese campeonato, Argentina, aunque clasificó, sufrió un trauma casi semejante, perdiendo 6 a 1 con Checoslovaquia en su serie.

Los gigantes rioplatenses, dominadores durante treinta años o más del panorama futbolístico mundial, son ignominiosa y simultáneamente destronados y ven surgir al Brasil como heredero de los estereotipos futbolísticos y socioculturales de los rioplatenses.

Uruguay inclusive había derrotado a Inglaterra en 1953 en Montevideo en el primer enfrentamiento directo entre el campeón olímpico y mundial y los míticos creadores del fútbol automarginados de los torneos mundiales amateurs y mundiales, y la volvió a derrotar 4 a 2 en el Mundial de Suiza en 1954.

Los estereotipos de “garra” y “picardía” no son negativos intrínsecamente en la medida en que es mejor tener garra que ser frío, indiferente e incapaz de hiperconcentración, sobreesfuerzo en juegos deportivos y en la vida en general. También es mejor ser pícaro y poder sortear obstáculos técnicos, materiales, físicos o corporales mediante el ingenio y el uso sagaz de los recursos que se poseen aunque éstos parezcan a primera vista insuficientes para lograr el objetivo. El perso-

naje homérico Ulises encarna el mito occidental constituyente de la ingeniosidad para escapar mediante un uso pícaro y sagaz de recursos menores a un destino supuestamente ineluctable a partir de condicionamientos teóricamente superiores como obstáculo.

De modo que no tenemos nada contra la garra ni contra la picardía. Por el contrario. Pero lo que sí negamos es la secundarización de la preparación física, la indiferencia a las novedades tácticas y la miopía al ignorar los progresos técnicos de los países que otrora eran inferiores en esos aspectos. La técnica no es genética ni congénita ni garantizada por el hecho del nacimiento en un país; tampoco es imposible adquirir técnica, sacar ventajas en preparación física y modernizarse tácticamente para neutralizar las antiguas diferencias a favor de los rioplatenses. Y no nos olvidemos de que las juventudes europeas de los años '20 y '50 estaban diezmadas y marcadas por la guerras mundiales. Cuando se recuperaron de esos traumas compensaron con progresos en técnica, táctica y preparación física la ventaja inicial que los rioplatenses habían sacado. Y Brasil también lo hizo. Y África desde la década del '80. Y Asia en los '90.

Sobre la pregunta 4 supra

Pero si la excesiva confianza en esos estereotipos diferenciales autogenerados retrasó al Uruguay en su evolución en aspectos que consideraban innatos y no lo eran, la identificación del orgullo, honor y autoestima nacionales con los triunfos deportivos y, más aún, con los futbolísticos, se convirtió, de un blasón legítimo e indicador potencial de un estado de civilización y desarrollo, en una enfermiza obsesión por triunfar a cualquier precio, confundiendo garra con inescrupulosidad y picardía con sobradora impotencia disfrazada de autosuficiencia despectiva del otro.

Quizá la coyuntura internacional desfavorable y “el ocaso del Estado proto-benefactor” condenaron a un Uruguay decadente en su funcionamiento social, en su producción y redistribución económica, en su estabilidad política y en su seguridad cultural, a refugiarse en la nostalgia deportiva victoriosa y en la negación miope y autista del presente para el mantenimiento de la autoestima nacional.

Pese a que algunos triunfos de clubes y de selecciones juveniles mantienen brasas de victoria donde antes hubo llamas, se sigue creyendo infundadamente en la posibilidad de un triunfo “como los de antes”, aunque la historia reciente y la opinión pública mundial indiquen claramente la improbabilidad de ese deseo ya desesperadamente obsesivo y autista.

Un ejemplo elocuente de dicha desmesura en la autoevaluación producto de la desesperada necesidad de compensar con triunfos futbolísticos lo proporciona un análisis de Bayce (1986) de una encuesta mundial organizada por Gallup In-

ternacional antes del Mundial de Italia en 1990. En ella se les pregunta a encuestados de treinta y cuatro países (incluidos la mayoría de los participantes en la fase final de dicha Copa y a otros) en qué ubicación piensan que quedará cada uno de los dieciséis finalistas y (en el caso de los países que estaban clasificados) cómo piensa que clasificará su propio país.

Gallup publicó el promedio mundial respecto a la ubicación de cada país y el promedio de la ubicación que cada país le daba a su propio equipo. Yo calculé un cociente entre ambos (ubicación dada al propio país dividido por la ubicación promedialmente dada por el mundo a ese país) como “proxy” de distancia entre autoimagen y heteroimagen, o “coeficiente de irrealidad”.

De modo psicológicamente sano y como era esperable, el cociente de todos los países fue mayor que uno. Todos los países pensaban de sí mismos (o bien verbalizaban sus deseos o su incapacidad de expresar lo contrario) mejor que lo que lo hacía promedialmente la opinión pública mundial. Pero la distancia variaba según país. Llamaba la atención el hecho de que España pensase sobre su clasificación seis veces mejor que lo que pensaba el mundo sobre ello. Pues bien, Uruguay pensaba cuarenta y nueve veces mejor de sí mismo que el mundo de Uruguay, distancia ocho veces mayor que la segunda mayor divergencia auto/heteroimagen.

Terminado el torneo, donde Uruguay se ubicó mucho más próximo a la heteroimagen relevada que a su autoimagen, Gallup Uruguay sondeó a la opinión pública nacional sobre los porqués de la pobre performance uruguaya en comparación con la esperanza puesta en ella. Los ítem más comunes eran la parcialidad de los jueces, los errores del entrenador, la ausencia de jugadores que debieron haber sido incluidos más minutos en el juego o en el plantel, errores de planificación de la preparación por los dirigentes, pérdida de amor a la camiseta por jugadores radicados en el exterior con fabulosos sueldos, etc. Los “chivos emisarios” acostumbrados en esos casos. Sin embargo, me llamó la atención que no hubiera respuestas tales como “eran mejores”, “fuimos peores”, “jugaron mejor que nosotros”, “jugamos peor”, etc.

Sabía que la fantástica hiperestima inhibiría dichas respuestas, pero nunca hubiera esperado que nadie las manifestara, al menos en proporción minoritaria. Fui a la empresa Gallup y pregunté sobre ello. Esas alternativas de respuesta no figuraban entre los ítems de posibles respuestas. La divergencia autoimagen/heteroimagen ya revelaba obsesión, autismo y desmesura, pero que esas alternativas fueran consideradas o bien como impensables o bien como desechables desde el punto de vista del análisis y generadores de frecuencias imposibles de cruzar por su baja reiteración nos muestra el grado de obsesivo autismo en la autoimagen futbolística que alcanza a los diseñadores de formularios científicos de sondeo de opinión pública.

Unos veinticinco años antes de este hecho falleció el que fue considerado en las décadas del '20 y del '30 como el mejor delantero del mundo: el uruguayo Héctor Scarone, *insider* derecho de los equipos de 1923, '24, '28, '26 y '30. En sus palabras de despedida frente al féretro en el cementerio, el capitán de todos esos equipos, José Nasazzi, dijo: “éramos jóvenes, éramos ganadores, éramos unidos, creíamos que éramos indestructibles”.

La derrota y la muerte estaban fuera del imaginario simbólico de los jugadores uruguayos de fútbol de la generación dorada. Autoimágenes sustentadas en hechos y reforzadas por heteroimágenes descartaban psicosocialmente la derrota aún cuando ya había ocurrido reiteradamente y el mundo, sensatamente, esperaba nuevas derrotas.

Algunos rasgos autoatribuidos y antiguamente atribuibles al fútbol uruguayo constituyen autoimágenes sustentables en hechos deportivos y en episodios históricos compatibles con ellos. Sobre esa base se convierten en fuertes estereotipos que sobreviven como desesperadas proyecciones de autoestima y que obstaculizan el *aggiornamento* técnico, físico-atlético y táctico. Costaba mucho reconocer el cambio como evolución y no reaccionar con una negación psicosocial y una nostálgica regresión uterina hacia el mítico y ahora estereotipado pasado que es, además, maquillado para erigirse en panacea frente a la cada vez más frecuente e hiriente derrota.

Es decir que –y para reunir en un apretado balance las preguntas 1, 2 y 3– los estereotipos futbolísticos son autoimágenes compatibles con rasgos nacionales preexistentes y que se basan en hechos y heteroimágenes. Esas heteroimágenes refuerzan las autoimágenes en estereotipos fuera del espacio-tiempo de su vigencia y producen rasgos que pueden ser obsesivos y obstáculos para la construcción de identidades y subjetividades edificadas sobre bases diversas de las que produjeron autoimágenes verosímiles en el pasado, anclas para identidades y subjetividades posibles en el pasado, difícilmente posibles hoy y en el futuro. ¿Sería demasiado decir que la resignificación y reconstrucción de identidades y subjetividades es más ardua y difícil que la mitopoiesis y producción originaria de identidades y significaciones?

Sobre la pregunta 5 supra

La interacción de hechos históricos nacionales antecedentes, autoimágenes y heteroimágenes, generó rasgos verosímiles que, al perder base factual, devinieron estereotipos que pueden impedir la construcción de identidades y subjetividades más ajustadas a los nuevos tiempos que a los maquillados pasados añorados por magulladas autoestimas. Pero la perversa trasmutación de autoimágenes verosímiles en estereotipos caricaturales y paralizantes de una necesaria refacción de identidades y subjetividades hace fuerza.

Como vimos, las representaciones colectivas mundialmente afirmadas por medio de los triunfos futbolísticos no carecieron de antecedentes históricos compatibles con esa mezcla de auto y heteroimágenes que consolidó los estereotipos futbolísticos. Pero fueron perdiendo sustento en la medida en que las victorias fueron menguando y las derrotas aumentando. Si las representaciones colectivas se mantuvieron, fue por refugio de la decadencia real en un pasado dorado maquillado, que impedía la toma de conciencia necesaria para paliar las causas de la pérdida de hegemonía futbolística.

Sin embargo, las consecuencias van todavía más allá. En la medida en que el orgullo, honor y autoestima nacionales se depositan neuróticamente en los triunfos futbolísticos, y que los antiguos dioses olímpicos vernáculos son progresivamente elevados a la categoría de héroes nacionales, los nuevos jugadores sienten el enorme peso de la responsabilidad de reiterar dichos fastos épicos, emulando jugadores y triunfos maquillados, mitificados y obsesivamente necesitados por el imaginario simbólico psicosocialmente sentido.

Europa había superado las guerras mundiales y perfeccionado la técnica y el entrenamiento específico para el fútbol, y con ello la posibilidad de figuras y dinámicas tácticas superiores a las que habían sido superiores y rioplatenses. Los jugadores uruguayos enfrentan un mundo futbolístico mucho más abigarrado y competitivo sin *aggiornamentos* como el europeo, el brasileño y la velocidad de desarrollo incipiente del África.

Nuevamente es la prensa deportiva la narradora épica de la mitificada epopeya antigua y la que, hipertrofiada, carga a los jóvenes jugadores con la responsabilidad de restaurar la autoestima perdida. El vocabulario de los *mass media* es épico-militar y de epopeya. Se habla, más que de partidos o juegos, de “bregas”, “luchas”, “rivalidades”, “enemigos”, instancias “a muerte”, en que “hay que dar todo”, “sudar la camiseta”, “la patria espera”, los presidentes aleccionan moral y patrióticamente en los vestuarios, y madres y padres dialogan plañideramente a través de teléfonos, micrófonos radiales y diálogos en pantalla.

Los resultados no podían ser buenos. A chicos de barrio no se les puede convertir en neohéroes nacionales estando ellos en condiciones muy inferiores a las que vivieron los triunfadores anteriores, a quienes nunca se les exigió eso.

Un jugador cargado con ese stress entra a la cancha tensionado, muscularmente duro, deteriorado en su psicomotricidad fina, relativamente incapaz de sutilezas, pases cortos, precisión de pegada y de intercepción, etc. El pelotazo, la carrera alocada y el patadón por hipermachismo e hipertensión proliferan.

Los jugadores introyectan todo eso y quieren demostrar que no están aburguesados por sus salarios ni carentes de patriotismo. Cada pelota es una epopeya personal en que cada uno introyectó su papel épico de neohéroe de epopeya, que debe demostrar lo que vale, lo que entrega y lo que siente de su responsabilidad

histórica. Y juegan inevitablemente mal, peor que en equipos donde no tienen que luchar con pesos que los perjudican biomecánicamente; sin cohesión colectiva, como colección de desmesurados e hipertensos héroes épicos que sienten que deben decidir por sí y ante sí, y que deben exteriorizar su compromiso histórico con la patria.

En un libro en el que participé, el entrenador nacional Tabárez apoyó mi tesis de que los jugadores rendían menos en la Selección que en sus clubes no porque estuvieran aburguesados y faltos de patriotismo sino justamente por lo contrario, paralizados psicotécnicamente y abrumados por la responsabilidad desmesurada que les había sido depositada y por su desesperado intento porque no se creyese que estaban aburguesados y carentes de fibra patriótica.

El equipo juvenil sub-17, vicecampeón mundial en 1996 en Malasia, llevó a un psicólogo deportivo con la finalidad de drenar esa sobrecarga psicosocial en los jugadores, en cuyas declaraciones era patente su deliberada intención de liberarse de comparaciones con los míticos ancestrales y de verse como jugadores de fútbol antes que como neohéroes patrios.

Estos apuntes esperan y desean investigar los temas esbozados con mayor sistematización y método.

Bibliografía

- Bayce, Rafael 1986 “Qué nos creemos que somos en fútbol”, en *Semanario Jaque* (Montevideo).
- Bayce, Rafael 1991 “Fútbol uruguayo, economía, política y cultura”, en *¿Nunca más campeón mundial?* (Montevideo: FESUR).
- Bayce, Rafael 1994 “Conceituando a interação cultural Brasil-EUA”, en Giucci, G. y M. Dias (orgs.) *Brasil-EUA* (Rio de Janeiro: Le Viata).
- Bellah, Robert 1964 “Religious evolution”, en *American Sociological Review* (New York) Vol. 29.
- Berger, P. y T. Luckmann 1968 *The social construction of reality* (Buenos Aires: Amorrortu).
- Durkheim, Émile 1898 “De la définition des phénomènes religieux”, en *L'Année Sociologique* (Paris).
- Durkheim, Émile 1911 “Répresentations individuelles et représentations collectives”, en *Revue de Métaphysique et de Morale* (Paris).
- Durkheim, Émile 1912 *Les formes elementaires de la vie religieuse* (Paris).
- Durkheim, Émile 1970 (1904) *Las reglas del método sociológico* (Buenos Aires: La Pléyade).
- Grudzinski, Serge 1996 *La colonización de lo imaginario* (México: Fondo de Cultura Económica).
- Parsons, Talcott 1967 “The theoretical development of the sociology of religion”, en *Essays in sociological theory* (Boston).
- Said, Edward 1990 *Orientalismo* (São Paulo: Companhia das Letras).
- Todorov, Tzvetan 1988 *A conquista da América* (São Paulo: Martins Fontes).
- Villena, Sergio 2000 “Imaginando la nación a través del fútbol: el discurso de la prensa costarricense sobre la hazaña mundialista de Italia '90”, en Alabarces, Pablo (comp.) *Peligro de Gol* (Buenos Aires: CLACSO).
- Weber, Max 1985 (1903) *El problema de la irracionalidad en las ciencias sociales* (Madrid: Tecnos).